

la Iglesia; y sobre todo esto los consoló y animó con las promesas de lo que hoy nos favorece á la diestra de su Hijo.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles.

710. Hija mia, para que se entendiera el júbilo que causó en mi alma el aviso del Señor, de que se llegaba el término de mi vida mortal, era necesario conocer el deseo y fuerza de mi amor para llegar á verle y gozarle eternamente en la gloria que me tenia preparada. Todo este sacramento excede á la capacidad humana; y lo que pudieran alcanzar de él para su consuelo los hijos de la Iglesia, no lo merecen ni se hacen capaces; porque no se aplican á la luz interior y á purificar sus conciencias para recibir las. Contigo hemos sido liberales mi Hijo santísimo y yo en esta misericordia y en otras; y te aseguro, carísima, que serán muy dichosos los ojos que vieren lo que has visto, y oyeren lo que has oído. Guarda tu tesoro y no le pierdas; trabaja con todas tus fuerzas para lograr el fruto de esta ciencia y de mi doctrina. Y quiero de tí que una parte de ella sea imitarme en disponerte desde luego para la hora de tu muerte; pues cuando tuvieras de ella alguna certeza, cualquiera plazo te debiera parecer muy corto para asegurar el negocio que en ella se ha de resolver de la gloria ó pena eterna. Ninguna de las criaturas racionales tuvo tan seguro el premio como yo; y con ser esta verdad tan infalible, se me dió tres años antes el aviso de mi muerte: y con todo eso has conocido que me dispuse y preparé, como criatura mortal y terrena, con el temor santo que se debe tener en aquella hora. Y en esto hice lo que me tocaba en cuanto era mortal y Maestra de la Iglesia, donde daba ejemplo de lo que los demás fieles deben hacer como mortales y mas necesitados desta prevención para no caer en la condenacion eterna.

711. Entre los absurdos y falacias que los demonios han introducido en el mundo, ninguno es mayor ni mas pernicioso que olvidar la hora de la muerte y lo que en el justo juicio del riguroso Juez les ha de suceder. Considera, hija mia, que por esta puerta entró el pecado en el mundo; pues á la primera mujer lo principal que le pretendió persuadir la serpiente fue, que no moriria¹, ni tratase de esto. Y con aquel engaño continuado son infinitos los necios que viven sin esta memoria, y mueren como olvidados de la suerte infeliz que les espera. Para que á tí no te alcance esta per-

¹ Genes. III, 4.

versidad humana, desde luego te da por avisada de que has de morir inexcusablemente; que has recibido mucho y pagado poco; que la cuenta será tanto mas rigida cuanto el supremo Juez ha sido mas liberal en los dones y talentos que te ha dado y en la espera que ha tenido. No quiero de tí mas ni tampoco menos de lo que debes á tu Señor y Esposo, que es obrar siempre lo mejor en todo lugar, tiempo y ocasion, sin admitir descuido, intervalo ni olvido.

712. Y si como flaca tuvieres alguna omision ó negligencia, no caiga el sol ni se pase el día sin dolerte y confesarte, si puedes, como para la última cuenta. Y proponiendo la enmienda, aunque sea levisima la culpa, comenarás á trabajar con nuevos fervores y cuidados, como á quien se le acaba el tiempo de conseguir tan ardua y trabajosa empresa, cual es la gloria y felicidad eterna y no caer en la muerte y tormentos sin fin. Este ha de ser el continuo empleo de todas tus potencias y sentidos, para que tu esperanza sea cierta¹ y con alegría; para que no trabajes en vano², ni corras á lo incierto³, como corren los que se contentan con algunas obras buenas y cometen muchas reprehensibles y feas. Estos no pueden caminar con seguridad y gozo interior de la esperanza; porque la misma conciencia los desconfia y entristece, si no es cuando viven olvidados y con estulta alegría de la carne. Para llenar tú todas tus obras continúa los ejercicios que te he enseñado, y tambien el que acostumbrabas de la muerte, con todas las oraciones, postraciones y recomendaciones del alma que sueles hacer. Y luego mentalmente recibe el Viático como quien está de partida para la otra vida, y despídete de la presente olvidando todo cuanto hay en ella. Enciende tu corazon con deseos de ver á Dios, y sube hasta su presencia, donde ha de ser tu morada y ahora tu conversacion⁴.

CAPÍTULO XVIII.

Como crecieron en los últimos dias de María santísima los vuelos y deseos de ver á Dios: despídese de los Lugares Santos y de la Iglesia católica: ordena su testamento asistiéndola la santísima Trinidad.

Dificultad de declarar el estado á donde llegó el ímpetu del amor de María en los últimos dias, para llegar á la posesion del fin. — Simil con que se da algo á entender. — Aplícase el simil. — Vuelos inexplicables de la llama del

¹ II Cor. I, 7. — ² Philip. II, 16. — ³ I Cor. IX, 26.

⁴ Philip. III, 20.

amor de María en la cercanía de el término de su peregrinacion. — Consumiera el fuego de el amor divino su vida natural, si no se la conservara Dios milagrosamente. — Ternísimos suspiros de su amor con que daba algun ensanche á sus violencias. — Razones con que se convertia á los Ángeles, pidiéndoles se compadeciesen de su destierro. — Respuesta de los Ángeles á María aliviando su breve ausencia con las señas de su Amado. — No mitigaban estos alivios la llama del amor de María, sino que renovaban la causa de su dolencia. — Visitábala mas frecuentemente Cristo en estos dias, y la confortaba con admirables favores. — Peticiones que multiplicaba en estas visitas María por la Iglesia — Veian Juan y otros fieles á María llena de resplandores cuando comulgaba. — Causa de esta maravilla. — Visita que hizo María de los Santos Lugares para su partida á la gloria. — Acompañaronla sus Ángeles manifestándosele con mayor hermosura y refulgencia. — Peticiones que hizo por los que visitasen aquellos Santos Lugares con devocion y reverencia. — Oracion que hizo en el Calvario por la eficacia de la redencion. — Descendió su Hijo del cielo á responder á su Madre. — Promesas que la hizo de gran consuelo para los mortales. — Dióla Cristo su bendicion en el Calvario. — Palabras de suma veneracion que dijo María adorando aquel santo lugar. — Como encargó los Santos Lugares á los Ángeles. — Perseveró en fervorósísima oracion por la Iglesia hasta que vió concedia el Señor sus peticiones. — Oracion que hizo pidiendo al Señor licencia de despedirse de la Iglesia. — Despedida que hizo la Madre de Dios de la santa Iglesia católica militante compendiando sus elogios. — Deseos que tenia de sus aumentos. — Promesa que la hizo. — Cuánto nos enseñó con las razones de esta despedida. — Descendió la santísima Trinidad al oratorio de María para que ordenase su testamento. — Manifestacion de la voluntad divina para que lo dispusiese María, asegurándola seria de su agrado. — Testamento de la Madre de Dios. — Declara que no tiene bienes del mundo que dejar. — Traspasa en cuanto fuere posible en sus hermanos los prójimos el dominio y posesion de las criaturas irracionales para que los sustenten. — Deja á san Juan las dos túnicas y manto de que usaba. — Instituye á la Iglesia por universal heredera de los tesoros de sus merecimientos. — Aplicacion especial de estos tesoros á los hijos de la Iglesia. — Confirmacion y aprobacion del testamento de María. — En cuánta obligacion puso á los fieles María, dejándolos por herederos de sus merecimientos. — Cuán inexcusables son los que por su culpa pierden estos tesoros y los infinitos que nos dejó Cristo. — Peticion que hizo María por la asistencia de los Apóstoles á su tránsito. — Respuesta del Señor concediéndola. — Estimacion y amor que tuvo la Madre de Dios á la santa Iglesia. — Causas que la movian á estos afectos. — Lo que hizo Cristo para fundarla. — Lo que hizo para consagrarla, alimentarla y asistirle. — Lo que hizo para dilatarla y gobernarla. — Lo que hizo para enriquecerla y defenderla. — Lo que hace para regalarla y autorizarla. — Lo que hizo y hace para enseñarla. — Lo que hizo y hace para ilustrarla y hermosearla. — Lo que hizo para ornarla con invariable firmeza. — Entre estos beneficios que hizo Cristo á su Iglesia, no fue el menor haber dejado á su Madre en el mundo para que la plantase. — Exhortacion al amor y veneracion de la santa Iglesia por los mismos motivos que tuvo María para hacerlo. — Ordena María á su discípula trabaje por la Iglesia lo que le restaba de vida. — Declárale su especial obligacion de hacerlo.

713. Mas pobre de razones y palabras me hallo en la mayor necesidad para decir algo del estado á donde llegó el amor de María santísima en los últimos dias de su vida, los ímpetus y vuelos de su purísimo espíritu, los deseos y ansias incomparables de llegar al estrecho abrazo de la Divinidad. No hallo símil ajustado en toda la naturaleza; y si alguno puede servir para mi intento es el elemento del fuego, por la correspondencia que tiene con el amor. Admirable es la actividad y fuerza de este elemento sobre todos; ninguno es mas impaciente que él para sufrir las prisiones; porque, ó muere en ellas, ó las quebranta para volar con suma ligereza á su propia esfera. Si se halla encarcelado en las entrañas de la tierra, la rompe, divide los montes, arranca los peñascos, y con suma violencia los arroja ó los lleva delante de su cara, hasta donde les dura el ímpetu que les imprime. Y aunque la cárcel sea de bronce, si no la rompe, á lo menos abre sus puertas con espantosa violencia y terror de los que están vecinos, y por ellas despide el globo de metal que le impedia con tanta violencia, como lo enseña la experiencia. Tal es la condicion desta insensible criatura.

714. Pero si en el corazon de María santísima estaba en su punto el elemento del fuego del amor divino (no puedo explicarme con otros términos), claro está que los efectos corresponderian á la causa, y no serian aquellos mas admirables en el órden de la naturaleza que estos en el de la gracia, y tan inmensa gracia. Siempre nuestra gran Reina fue peregrina del mundo en el cuerpo mortal y fénix única en la tierra; pero cuando estaba ya de partida para el cielo y asegurada del feliz término de su peregrinacion, aunque el virginal cuerpo se tenia en la tierra, la llama de su purísimo espíritu con velocísimos vuelos se levantaba hasta su esfera, que era la misma Divinidad. No podia tener ni contener los ímpetus del corazon, ni parecia árbitra de sus movimientos interiores, ni que tenia dominio de voluntad sobre ellos; porque toda su libertad habia entregado al imperio del amor y á los deseos de la posesion que la esperaba del sumo Bien, en quien vivia transformada y olvidada de la mortalidad terrena. No rompía estas prisiones, porque mas milagrosa que naturalmente se las conservaban; ni levantaba consigo el cuerpo mortal y pesado, porque tampoco era llegado el plazo, aunque la fuerza del espíritu y del amor pudiera arrebatarle tras de sí mismo. Pero en esta dulce y contenciosa lucha le suspendia todas las operaciones vitales de la naturaleza, de manera que de aquella alma tan deificada solo parece que recibia la vida del amor di-

vino; y para no consumir la natural, era necesario el conservarla milagrosamente, y que interviniera otra causa superior que la vivificase, porque cada instante no se resolviese.

715. Sucedióla muchas veces en estos últimos dias que para dar algun ensanche á estas violencias, retirada á solas rompía el silencio para que no se le dividiese el pecho, y hablando con el Señor, decia: *Amor mio dulcísimo, bien y tesoro de mi alma, llevadme ya tras el olor de vuestros unguentos*¹ *que habeis dado á gustar á esta vuestra sierva y madre peregrina en el mundo. Mi voluntad toda siempre estuvo empleada en Vos, que sois suma verdad y verdadero bien mio; nunca supo amar fuera de Vos alguna cosa. ¡Oh única esperanza y gloria mia! No se detenga mi carrera, no se alargue el plazo de mi deseada libertad*². *Soltad ya las prisiones de la mortalidad que me detienen; cúmplase ya el término, llegue al fin donde camino desde el primer instante que recibí de Vos el ser que tengo. Mi habitacion se ha prolongado entre los moradores de Cedar*³; *pero toda la fuerza de mi alma y sus potencias miran al sol que les da vida, siguen al norte fijo que les encamina, y desfallecen sin la posesion del bien que esperan. O espíritus soberanos, por la nobilísima condicion de vuestra espiritual y angélica naturaleza, por la dicha que gozais de la vista y hermosura de mi Amado, de quien jamás careceis, os pido os lastimeis de mí, amigos míos. Doleos de esta peregrina entre los hijos de Adán, cautiva en las prisiones de la carne. Decid á vuestro Dueño y mio la causa de mi dolencia, que no ignora*⁴; *decidle que por su agrado abrazo el padecer en mi destierro, y así lo quiero: mas no puedo querer vivir en mí; y si vivo en él para vivir, ¿cómo podré vivir en ausencia de mi vida? Dámela el amor y me la quita. No puede vivir sin amor la vida; pues ¿cómo viviré sin la vida que solo amo? En esta dulce violencia desfallezco; referidme siquiera las condiciones de mi Amado, que con estas flores aromáticas se confortarán los deliquios de mi impaciente amor*⁵.

716. Con estas razones y otras mas sentidas acompañaba la beatísima Madre los fuegos de su inflamado espíritu, con admiracion y gozo de los santos Angeles que la asistian y servian. Y como inteligencias tan atentas y llenas de la divina ciencia, en una ocasion de estas la respondieron á sus deseos con las razones siguientes: *Reina y Señora nuestra, si de nuevo quereis oír las señas que de vuestro Amado conocemos, sabed que es la misma hermosura, y encierra*

¹ Cant. i, 3. — ² Psalm. cxli, 8. — ³ Ibid. cxix, 5.

⁴ Cant. v, 8. — ⁵ Ibid. ii, 5.

*en sí todas las perfecciones que exceden al deseo. Es amable sin defecto, deleitable sin igual, agradable sin sospecha. En sabiduría inestimable, en bondad sin medida, en potencia sin término, en el ser inmenso, en la grandeza incomparable, en la majestad inaccesible, y todo lo que en sí contiene de perfecciones es infinito. En sus juicios terrible*¹, *en sus consejos inescrutable*², *en la justicia rectísimo*³, *en pensamientos secretísimo, en sus palabras verdadero, en las obras santo*⁴, *y en misericordias rico*⁵. *Ni el espacio le viene ancho, ni la estrechez le limita, ni lo triste le turba, ni lo alegre le altera, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda*⁶, *ni la abundancia le sobra, ni la necesidad le mengua, no le añade la memoria, ni el olvido le quita, ni lo que ya fue se le pasó, ni lo futuro le sucede. No le dió el principio origen á su ser, ni el tiempo le dará fin. Sin tener causa que le diese principio, le dió á todas las cosas*⁷, *no porque necesitase de alguna*⁸, *pero todas necesitan de su participacion: consérvalas sin trabajo, gobiérnalas sin confusion. Quien le sigue no anda en tinieblas*⁹, *quien le conoce es dichoso, quien le ama y le granjea es bienaventurado; porque á sus amigos los engrandece, y al fin los glorifica con su eterna vista y compañía*¹⁰. *Este es, Señora, el bien que Vos amais y de cuyos abrazos con mucha brevedad gozaréis para no dejarle por toda su eternidad. Hasta aquí dijeron los Angeles.*

717. Repetíanse estos coloquios frecuentemente entre la gran Reina y sus ministros. Mas como al sediento de una ardiente fiebre no le aplacan la sed, antes la encienden las pequeñas gotas de agua; tampoco mitigaban la llama de el divino amor estos fomentos en la amantísima Madre, porque renovaban en su pecho la causa de su dolencia. Y aunque en estos últimos dias de su vida se continuaban los favores, que arriba dejo escritos¹¹, de las festividades que celebraban, y los que recibia todos los domingos, y otros muchos que no es posible referirlos; con todo eso, para entretenerla y alentarla entre estas congojas amorosas, la visitaba su Hijo santísimo personalmente con mas frecuencia que hasta entonces. En estas visitas la recreaba y confortaba con admirables favores y caricias, y de nuevo la aseguraba que seria breve su destierro, que la llevaria á su diestra, donde por el Padre y Espíritu Santo seria colocada en su real trono, y absorta en el abismo de su divinidad; y

¹ Psalm. lxy, 5. — ² Rom. xi, 33. — ³ Psalm. cxviii, 137. — ⁴ Ibid. cxliv, 13.

⁵ Ephes. ii, 4. — ⁶ Jacob. i, 17. — ⁷ Eccli. xviii, 1. — ⁸ II Mach. xiv, 35.

⁹ Joan. viii, 12. — ¹⁰ Ibid. xvii, 3.

¹¹ Supr. à n. 615; ibid. à n. 601.